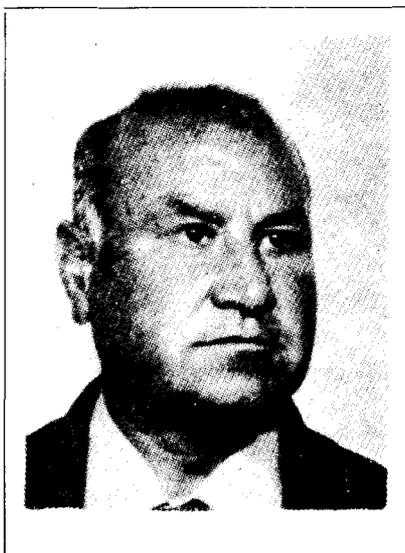


El campo está atravesando desde hace varias décadas una de sus más graves crisis. Si la situación del campo en España siempre ha sido precaria, la necesidad de industrialización que surgió, en nuestro país, en los años cincuenta, la agravó considerablemente. No vale la pena acusar ahora a los rectores de nuestra economía su decisión de llevar a cabo esta industrialización a costa, principalmente, del desarrollo agrícola. Se hacía necesario, entonces, industrializar el país a fuerte ritmo, quizás demasiado rápido para tan precarios resultados, quizás también sin la medida del acusado esfuerzo que aquella industrialización exigía para alcanzar niveles europeos.

Sin embargo, aún admitida la transformación industrial, nunca debió gravitar tan decididamente sobre la agricultura con incidencias tan directas e indirectas. Pero como no es fácil enjuiciar desde nuestra ignorancia el gran tinglado de los intercambios comerciales, y teniendo en cuenta nuestra desventaja de participación en el sangriento juego comercial de exportaciones e importaciones, solo nos queda considerar desfasado cierto sector de nuestra industria para el precario resultado obtenido respecto de la intención que los motivó. En una palabra: que determinadas exportaciones produjeron contra-partidas de importaciones, con tantos desarreglos en el sector campo y ganadero, que reiteradamente se ha visto obligada la Administración a sostener por consecuencia, lo que se produjo por un primer paso proteccionista. Más claro: determinados tratados comerciales originaron exportaciones de tal condición competitiva que llevaron a ser de máximo interés para las más prestigiosas industrias productoras de estos productos. En cambio, las especulaciones de cambio fueron muchas y tan desafortunadas que originaron auténticas crisis de sectores afectados por cuantiosos productos se acumularon en nuestros más importantes puertos.

Sin embargo, insistimos: los problemas entre la necesidad

Financiación



Gerardo Serrano Parra
Médico y agricultor
Argamasilla de Alba

de aumentar nuestro potencial industrial y su torzado choque contra la flotadura exigua de nuestro campo, han sido en general normales.

También es normal e históricamente probado, que toda transformación origina rupturas. El éxodo del campo hacia la ciudad, movido por diversas razones, pero siempre motivado por las posibilidades de ocupación, produjo un serio y doloroso trauma, no sólo para los hombres y la tierra que los ocupaba sino que, dada su desmesurada presencia y problemática implícita a este fenómeno social, también desvió la atención de la administración dejando menos atendido el sector campo.

Pero el campo fue, es y será la fuente viva de nuestra auténtica economía. Comienza la regresión —tan natural como en su día la emigración— y el futuro de estos sectores económicos, campo-ganadería, cuando se atiendan con conceptos más centristas, más hacia el propio país en su fundamento político, porque en lo económico, necesariamente trascenderá, las tierras de España serán, ya lo son en natural equilibrio de

valores intrínsecos flotando sobre las actuales crisis, mientras no intervengan los nunca suficientemente ponderados técnicos de la economía.

La regresión del dinero al campo es el primer paso. Las transformaciones de terrenos en La Mancha son un exponente muy vivo de la seguridad que sus inversiones representa. Pero, además del estuerzo humano y económico que le han imprimido los hombres, el campo está necesitado, más que de dinero, de seguridad para sus productos; más que de protección por parte de la Administración, de mayor libertad para sus precios suprimiendo la competencia de las importaciones masivas llamadas de choque, política que en muchos productos típicos ha convertido a España en un país importador. Y España no se puede permitir el lujo de atender sus necesidades por este sistema con tal de sostener el precio de la cesta de compra. Poco a poco, este sistema va hundiendo la diversidad de actividades alimenticias por lo que cada vez es mayor el volumen importacionista.

Es ya hora de reconsiderar los sistemas interministeriales respecto de sus funciones independientes de actuación a la hora de establecer compromisos comerciales que afectan de lleno al sector campo. El Ministerio de Agricultura no siempre es parte decisoria en el indicado juego comercial. Al menos, no parece ser suficiente entidad representativa del más fuerte y serio canal económico del país.

La agricultura necesita ayudas de todo orden, pero esencialmente, la más importante es la de seguridad. Seguridad de que el propio Estado no va a ser su más serio competidor. Esto lo ha sentido y padecido muy especialmente la ganadería bajo una política absurda de emergencias y límites de plaza de mercado.

La agricultura puede ser generadora de nuestra economía, o un factor más de declive. Tiene muchas y muy buenas soluciones pero está necesitada de mayor preocupación ministerial bajo bases más objetivas y amplitud de miras.